

## Mi relojito de juguete



El mar azul invitaba a recordar la belleza y el encanto. La inmensidad suele ser un sinónimo fiel de las cualidades principales de los dioses. Transmitían esa fuerza que me llegaba desde mucho más allá de las cosas visibles y desde aquello que uno puede entender, aunque no tocar. El silencio se hacía oír y una suave brisa entraba por la ventanilla, revoloteando juguetona entre mis ropas.

El taxi suave y ronroneante, ingresó lentamente y casi como cumpliendo con un rito inexorable, al jardín inmenso del enorme hospital de Oncología. Sentí como un alivio que todavía faltara más de cien metros por recorrer hasta la entrada. En el fondo, no quería llegar...

Un niño corría una mariposa esquivada, ignorando los carteles que pretendían que no se pisase el césped. Una anciana sin fuerzas, sentada en una silla de ruedas, con su cabeza echada hacia atrás, parecía contemplar el futuro al cual nunca llegaría. Un peón de mantenimiento se ufana por concluir con su tarea de limpieza, descargando sus esfuerzos sobre los mármoles de la enorme entrada, como tratando de no mirar tanto dolor que se escurría a su lado... y cuando no podía soportar el drama humano - *me enteré por el taxista* -, encerrado en el cuarto de máquinas, una cerveza fría o un vino barato almacenado en un tetrabreak, le brindaban un consuelo transitorio

Unos pájaros - quizá palomas o quizá horneros -, como manchas oscuras aferradas a una rama, frotaban entre sí sus cuerpitos y cabezas. Parecían felices de recibir su cuota diaria de caricias y emociones. Quizá a ellos no les pasara jamás lo que a nosotros los humanos, de tener que concurrir a un hospital para sobrevivir muriendo... Unas largas agujas montadas sobre jeringas de un aspecto escalofriante, apuntan hacia mí, en un carro empujado por enfermeras que ya me detectaron. No tengo escapatoria. Me envenenarán el cuerpo con semejantes porquerías. Náuseas, vómitos y no comer, se tomarán de las manos de mis queridos cabellos, que se marcharán de mi cabeza para adornar el suelo en su caída, para siempre. - *Son diez pesos, señor* - con su voz de lija, el viejo taxista me arranca de esa pesadilla anticipada. - *Devuélvame a mi casa* - repite mi mente, pero queda esa frase reprimida, maniatada entre mi lengua y mi cerebro. Y entonces fue que me decidí y por fin, entré al nosocomio...

El pinchazo de las agujas taladra, duele, agrede. Invadido, violado y violentado, aunque permanezca mudo, quieto... en un silencio indefenso, resignado. Ellos ajustan y miden sus venenos, gradúan los goteos, cargan y descargan sus jeringas con una seriedad, concentración y rutina, que me asustan... ¿Y si se equivocan? Pero no, todo parece marchar bien. Todo bajo control.



Un perro malo, sarnoso y rabioso, esta caminando sin rumbo entre mis entrañas y mis vísceras. Una víbora asesina busca mordirme donde me duela más, para matarme rápido, bien rápido. Un asesino cruel, sin piedad, a sangre fría, con razones o sin ellas, buscará transformarme en el blanco papel de un certificado de defunción destinado a la morgue, al crematorio. Se llama cáncer... lo llamamos cáncer. Sinónimo de veneno, de muerte, de dolor, de consumirse en vida, de un antes y un después. Antónimo de vida y de esperanzas.

Apoyo mi cabeza en el sillón y silbo muy bajito, casi susurrando. Quizá mostrándole al mundo pequeño que en ese momento me rodea, aquello que yo pienso, aquello que yo siento, pues solo me acuerdo de “*Adiós muchachos, compañeros de mi vida...*” en una alegoría simple y directa del instante crucial, por el que mi vida transcurre.

A mi izquierda hay cuatro seres sentados, no sé si son hombres o mujeres, no sé si son viejos o son jóvenes. Solo se que parecen resignados, mirando como en un cine de barrio a los televisores en el lugar de la pantalla, a las enfermeras en el lugar de los bomboneros y chocolateros. Y a mi derecha, otras cuatro personas parecieran leer algo o conversar entre si. Entre ellas, a mi lado, hay un niño pelado y flaco, que se queja del dolor que le producen la aguja y la vida que le tocó en suerte. Parece cansado, hastiado, agobiado de esa forma de vivir la vida... y un poco más allá, percibo un sillón vacío, con nadie que lo ocupe, salvo por los recuerdos apelotonados de tantos que soportaron su dolor, sentados sobre él y que ya se fueron. Es un vacío que de tan vacío, me aterra.

Cierro los ojos y trato de imaginar mi vida hasta el hoy, ese hoy de este presente químico. Pero todo me parece sin sentido, sin valor, vacía... Abro los ojos y me llama la atención una mancha de humedad. Me parece...no, no.... es. Es una víbora que intenta capturar a un colibrí que quiere remontar el vuelo y queda prendido por una sola de sus plumas a los dientes de la víbora. El colibrí quiere escapar hacia el espacio abierto, pero se niega a perder su pluma. No quiere perderla, quiere que la víbora razone, que lo suelte. Y si no lo hace, esta dispuesta a patear la cabeza de la víbora, que no hace más que mordarlo y mordarlo. Pobre colibrí, que no intuye que si lo suelta la víbora, lo esperara una araña enorme, venenosa, hambrienta, que parece aguardar ese momento desde el fondo de la eternidad del mundo... pero viene en su auxilio una pierna de un humano. Solo una pierna de alguien, que se la arroja para distraer a la víbora y la araña... es la única esperanza. Y más arriba de ese cuadro, un pato silvestre abre sus alas y con su cuerpo pesado y lento, esta más lleno de buenas intenciones que de oportunidades de ayudarlo.

Un gusto a metal invade mi garganta, mi nariz y me despierta del ensueño que me ayuda a escaparme - *es normal, es el medicamento* - me contesta una enfermera, mientras desarma el frasco de suero de otro enfermo, tan seria que parece más preocupada en informarme los efectos adversos, que en darme unas gotas de consuelo.

Un viejo arrugado se ríe a carcajadas con otro, que parece extraído de la misma caja de antigüedades. Comentan entre si que son los más antiguos, que han visto pasar a tantos y tantos y no se a cuantos, en todos estos años de quimioterapia... Y se ríen, a carcajadas.



¿Quien les pregunto algo a estos carcamanes imbéciles, escapados de las historias de terror de algún tren fantasma descompuesto...?

Una niña rubia de llamativos cabellos rizados, tan bella como tienen que serlo las niñas bellas, entró a la sala de los condenados a quimioterapia, portando en sus brazos a una muñeca que parecía ser su replica exacta, en miniatura. Nos miró a todos, pero clavó su mirada en mí (nunca supe el por qué)... se acercó decidida, sin el menor atisbo de duda en su rostro y sonriéndome, extendió su mano y puso en la mía, un reloj de pulsera de juguete, de los más baratos. - *Gracias, pero ya tengo uno...* - le respondí, sonriéndome compasivo de su inocencia cándida.

- *No, este que te doy es muy bueno, de los mejores. Yo lo usé muchas veces, en el mismo sillón donde ahora vos estas sentado. Hoy a mi me están dando de alta, después de muchos anos. Te va a ayudar...* - me contesta la pequeña belleza de ojos azules como el mar y como el cielo, juntos.
- *No veo como un relojito me puede ayudar...* - le respondí esbozando un sonrisa
- *¡Mira!* - me dijo con un gesto nervioso, que evidenciaba que yo, le estaba dando más trabajo que el previsto - *Con esta ruedita le das vuelta a los minutos y con esta otra, a las horas. Si te parece que el tiempo no avanza nunca, le das vuelta mas rápido a los minutos y si querés, a las horas. Pero si te sentís feliz, no las movés, las dejas quietitas... Y vas a ver como ese instante, dura mucho. Con este relojito vas a estirar mucho la felicidad de cada instante. A veces yo llegué a estar tres horas feliz y después, no me quería ir de acá... Probalo, es buenísimo.* - y con unas piernas largas y ágiles como si fueran de goma, que hasta me parecieron más altas que ella misma, se perdió en la puerta del ingreso y nunca más la vi.

Apreté el reloj de juguete con mis dedos. Lo miré de costado y como a una ilusión vana de un niño, inútil en las manos de un adulto. Hasta que me empezó a arder la vena donde me infundían las inefables drogas. Parecía interminable, molesto y hasta insoportable ese ardor de mil hormigas... Hasta parecía no terminarse nunca. Fue cuando mire el reloj de la niña y por jugar, distraerme, lo puse en hora y por buscar evadirme y no pensar, lo adelante cinco minutos, diez, veinte, una hora, dos, tres... - *Señorita, hace tres horas que me esta ardiendo lo que me están pasando por la vena* - Corrieron la enfermera, una técnica y dos médicos, hasta que me aliviaron el dolor. Me sonreí, porque empecé a entender que ese reloj era realmente mágico y bueno, de verdad... me sentía feliz, en paz y entonces - por supuesto - retrase el relojito de juguete. Cada segundo duraba diez minutos y cada minuto, horas y horas (dos a cuatro, según que yo eligiese que la felicidad fuese mucha o poca en el transcurrir etéreo de mi vida)

Poco a poco fui despertando, tomando conciencia, dándome cuenta de cuantos minutos u horas, eternas y repletas de felicidad, puede haber escondidas aun en el entramado perpetuo de una amargura tan grande. Y otra de las cosas que he aprendido aquí, sentado, es que la fortaleza y la fe no se adquieren en los momentos que mas se necesitan, sino que son el resultado de la búsqueda, de anos y anos hurgando entre tantas ideas, opiniones, errores y certezas. ¿Habrá sido esa búsqueda, grabada a fuego en mi frente, lo que la decidió a esa niña rubia, a obsequiarme su relojito de juguete? ¿O habrá sido otra cosa? ¿Que habrá visto



en mi, con esos ojitos de sabia consumada y de bruja superdotada? ¡Que misterio...!

Mi relojito de juguete es de color verde. Verde esperanza. Verde musgo. Verde ecológico. Verde cloroplastos. Verde hojas. Verde plantas. ¡Es tan lindo! Me siento feliz y lo adelanté... como siete meses. Siete meses de felicidad. Me siento cabalgando a horcajadas sobre el mismo tiempo...

- *¡Que lástima! Es un caso muy raro... Hizo una anafilaxia severa. Muerte súbita por alergia grave. Sabía que podía pasar, pero nunca había visto un caso en persona. ¡Pobre tipo...! - dialogan entre si varios médicos, refiriéndose a mi persona, que permanezco tendido sobre una camilla de lona. Inmóvil, para siempre -¡¿Pobre tipo?! ¡Por favor...! Si adelanté en el tiempo tanto a mi relojito de juguete, que viví siete años más, danzando feliz, en paz. ¿Quién ha vivido tantos años de felicidad completa, como yo? Soy dichoso, sépanlo... Ahora si que entiendo porque esa niña rubia me obsequió este, mi relojito de juguete...*

*fin*